

José María Iraburu

## La adoración eucarística

Fundación Gratis Date

Pamplona 2001, 2ª ed.

### Bibliografía

*Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, Comisión episcopal española de Liturgia, Madrid 1979.

**Angot, M.-B.**, *Las casas de adoración*, Herder, Barcelona 1995; **Arnau, R.**, *La oración ante el Santísimo Sacramento como comportamiento eclesial*, «Teología Espiritual» 26 (1982) 85-98; **Bertaud, É.**, *Dévotion eucharistique; esquisse historique*, DSp IV, 1621-1637; **Bourbonais, G.**, *L'adoration eucharistique aujourd'hui*, «Vie Consacrée» 42 (1970) 65-88; **Croce-tti, G.**, *L'adorazione a Cristo Redentore presente nell'Eucaristia*, «La Scuola Cattolica» 110 (1982) 3-28; **Fortún, F. X.**, OSB, *El Sagrario y el Evangelio*, Rialp, Madrid 1990; **González, C.**, *La adoración eucarística*, Paulinas, Madrid 1990; **González, ven. M.**, *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*, EGDA, Madrid 1986<sup>12</sup>; **Iraburu, J. M.**, *La adoración eucarística nocturna*, A. N. E. Pamplona, 1999; **Molien, O.**, *Adoration*, DSp I, 210-222; **Jungmann, J. A.**, *El sacrificio de la Misa*, BAC 68, Madrid 1959<sup>3</sup>; **Longpré, É.**, *Eucharistie et expérience mystique*, DSp IV, 1586-1621; **Olivar, A.**, *El desarrollo del culto eucarístico fuera de la Misa*, «Phase» 135 (1983) 187-203; **Roche, J.**, *Le culte du Saint-Sacrement hors Messe*, «Esprit et vie» 92 (1982) 273-281; **Sadoux, D.-Gervais, P.**, *L'adoration eucharistique*, «Vie consacrée» (1983) 85-97; **Sayés, J. A.**, *La presencia real de Cris-*

*to en la Eucaristía*, BAC 386, Madrid 1976; **Solano, J.**, *Textos eucarísticos primitivos*, BAC 88 y 118, Madrid 1978<sup>2</sup> y 1979<sup>2</sup>; **Tena, P.**, *La adoración eucarística. Teología y espiritualidad*, «Phase» 135 (1983) 205-218; **Van Doren, Dom Rom-baut**, *La réserve eucharistique*, «Questions Liturgiques» 63 (1982) 234-242; **Vassali, G. - Núñez, E. G. - R. Fortin, R.**, *Culte de la Présence réelle et Magistère*, DSp IV, 1637-1648.

## 1

### Historia

---

#### Centralidad de la Eucaristía

Desde el principio del cristianismo, *la Eucaristía es la fuente, el centro y el culmen de toda la vida de la Iglesia*. Como memorial de la pasión y de la resurrección de Cristo Salvador, como sacrificio de la Nueva Alianza, como cena que anticipa y prepara el banquete celestial, como signo y causa de la unidad de la Iglesia, como actualización perenne del Misterio pascual, como Pan de vida eterna y Cáliz de salvación, la celebración de la Eucaristía es el centro indudable del cristianismo.

Normalmente, la Misa al principio se celebra sólo el domingo, pero ya en los siglos III y IV se generaliza la Misa diaria.

La devoción antigua a la Eucaristía lleva en algunos momentos y lugares a celebrar-la en un solo día varias veces. San León III

(+816) celebra con frecuencia siete y aún nueve en un mismo día. Varios concilios moderan y prohíben estas prácticas excesivas. Alejandro II (+1073) prescribe una Misa diaria: «muy feliz ha de considerarse el que pueda celebrar dignamente una sola Misa» cada día.

### Reserva de la Eucaristía

En los siglos primeros, a causa de las persecuciones y al no haber templos, la conservación de las especies eucarísticas se hace normalmente en forma privada, y tiene por fin la comunión de los enfermos, presos y ausentes.

Esta reserva de la Eucaristía, al cesar las persecuciones, va tomando formas externas cada vez más solemnes.

Las *Constituciones apostólicas* –hacia el 400– disponen ya que, después de distribuir la comunión, las especies sean llevadas a un *sacrarium*. El sínodo de Verdun, del siglo VI, manda guardar la Eucaristía «en un lugar eminente y honesto, y si los recursos lo permiten, debe tener una lámpara permanentemente encendida». Las *píxides* de la antigüedad eran cajitas preciosas para guardar el pan eucarístico. León IV (+855) dispone que «sólo se pongan en el altar las reliquias, los cuatro evangelios y la píxide con el Cuerpo del Señor para el viático de los enfermos».

Estos signos expresan la veneración cristiana antigua al cuerpo eucarístico del Salvador y su fe en la presencia real del Señor en la Eucaristía. Todavía, sin embargo, la reserva eucarística tiene como fin exclusivo la comunión de enfermos y ausentes; pero no el culto a la Presencia real.

### La adoración eucarística dentro de la Misa

Ha de advertirse, sin embargo, que ya por esos siglos el cuerpo de Cristo recibe de los fieles, dentro de la misma celebración eucarística, signos claros de adoración, que aparecen prescritos en las antiguas liturgias. Especialmente antes de la comunión –*Sancta santis*, lo santo para los santos–, los fieles realizan inclinaciones y postraciones:

«San Agustín decía: “nadie coma de este cuerpo, si primero no lo adora”, añadiendo que no sólo no pecamos adorándolo, sino que pecamos no adorándolo» (Pío XII, *Mediator Dei* 162).

Por otra parte, *la elevación de la hostia*, y más tarde del cáliz, después de la consagración, suscita también la adoración interior y exterior de los fieles. Hacia el 1210 la prescribe el obispo de París, antes de esa fecha es practicada entre los cistercienses, y a fines del siglo XIII es común en todo el Occidente. En nuestro siglo, en 1906, San Pío X, «el papa de la Eucaristía», concede indulgencias a quien mire piadosamente la hostia elevada, diciendo «Señor mío y Dios mío» (Jungmann II, 277-291).

### Primeras manifestaciones del culto a la Eucaristía fuera de la Misa

La adoración de Cristo en la misma celebración del Sacrificio eucarístico es vivida, como hemos dicho, desde el principio. Y la adoración de la Presencia real fuera de la Misa irá configurándose como devoción propia a partir del siglo IX, con ocasión de las controver-

sias eucarísticas. Por esos años, al *simbolismo* de un Ratramno, se opone con fuerza el *realismo* de un Pascasio Radberto, que acentúa la presencia real de Cristo en la Eucaristía, no siempre en términos exactos.

Conflictos teológicos análogos se producen en el siglo XI. La Iglesia reacciona con prontitud y fuerza unánime contra el simbolismo eucarístico de Berengario de Tours (+1088). Su doctrina es impugnada por teólogos como Anselmo de Laón (+1117) o Guillermo de Champeaux (+1121), y es inmediatamente condenada por un buen número de Sínodos (Roma, Vercelli, París, Tours), y sobre todo por los Concilios Romanos de 1059 y de 1079 (*Dz* 690 y 700).

En efecto, el pan y el vino, una vez consagrados, se convierten «substancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Jesucristo, nuestro Señor». Por eso en el Sacramento está presente *totus Christus*, en alma y cuerpo, como hombre y como Dios.

Estas enérgicas afirmaciones de la fe van acrecentando más y más en el pueblo la devoción a la Presencia real.

Veamos algunos ejemplos. A fines del siglo IX, la *Regula solitarium* establece que los ascetas reclusos, que viven en lugar anexo a un templo, estén siempre por su devoción a la Eucaristía en la presencia de Cristo. En el siglo XI, Lanfranco, arzobispo de Canterbury, establece una procesión con el Santísimo en el domingo de Ramos. En ese mismo siglo, durante las controversias con Berengario, en los monasterios benedictinos de Bec y de Cluny existe la costumbre de hacer genuflexión ante el Santísimo Sacramento y de incensarlo. En el siglo XII, la *Regla de los reclusos* prescribe: «orientando vuestro pen-

samiento hacia la sagrada Eucaristía, que se conserva en el altar mayor, y vueltos hacia ella, adoradla diciendo de rodillas: “¡salve, origen de nuestra creación!, ¡salve, precio de nuestra redención!, ¡salve, viático de nuestra peregrinación!, ¡salve, premio esperado y deseado!”».

En todo caso, conviene recordar que «la devoción individual de ir a orar ante el sagrario tiene un precedente histórico en *el monumento del Jueves Santo* a partir del siglo XI, aunque ya el Sacramentario Gelasiano habla de la reserva eucarística en este día... El monumento del Jueves Santo está en la prehistoria de la práctica de ir a orar individualmente ante el sagrario, devoción que empieza a generalizarse a principios del siglo XIII» (Olivar 192).

### Aversión y devoción en el siglo XIII

Por esos tiempos, sin embargo, no todos participan de la devoción eucarística, y también se dan casos horribles de desafección a la Presencia real. Veamos, a modo de ejemplo, la infinita distancia que en esto se produce entre cátaros y franciscanos. Cayetano Esser, franciscano, describe así el mundo de los primeros:

«En aquellos tiempos, el ataque más fuerte contra el Sacramento del Altar venía de parte de los cátaros [muy numerosos en la zona de Asís]. Empecinados en su dualismo doctrinal, rechazaban precisamente la Eucaristía porque en ella está siempre en íntimo contacto el mundo de lo divino, de lo espiritual, con el mundo de lo material, que, al ser tenido por ellos como materia nefanda, debía ser despreciado. Por oportunismo, conservaban un cierto rito de la fracción del pan, meramente conmemorativo. Para ellos, el sacrificio mismo de Cristo no tenía ningún sentido.

«Otros herejes declaraban hasta malvado este sacramento católico. Y se había extendido un movimiento de opinión que rehusaba la Eucaristía, juzgando impuro todo lo que es material y proclamando que los “verdaderos cristianos” deben vivir del “alimento celestial”.

«Teniendo en cuenta este ambiente, se comprenderá por qué, precisamente en este tiempo, la adoración de la sagrada hostia, como reconocimiento de la presencia real, venía a ser la señal distintiva más destacada de los auténticos verdaderos cristianos. El culto de adoración de la Eucaristía, que en adelante irá tomando formas múltiples, tiene aquí una de sus raíces más profundas. Por el mismo motivo, el problema de la presencia real vino a colocarse en el primer plano de las discusiones teológicas, y ejerció también una gran influencia en la elaboración del rito de la Misa.

«Por otra parte, las decisiones del Concilio de Letrán [IV: 1215] nos descubren los abusos de que tuvo que ocuparse entonces la Iglesia. El llamado *Anónimo de Perusa* es a este respecto de una claridad espantosa: sacerdotes que no renovaban al tiempo debido las hostias consagradas, de forma que se las comían los gusanos; o que dejaban a propósito caer a tierra el cuerpo y la sangre del Señor, o metían el Sacramento en cualquier cuarto, y hasta lo dejaban colgado en un árbol del jardín; al visitar a los enfermos, se dejaban allí la pixide y se iban a la taberna; daban la comunión a los pecadores públicos y se la negaban a gentes de buena fama; celebraban la santa Misa llevando una vida de escándalo público», etc. (*Temi spirituali*, Biblioteca Francescana, Milán 1967, 281-282; +D. Elcid, *Clara de Asís*, BAC pop. 31, Madrid 1986, 193-195).

Frente a tales degradaciones, se producen en esta época grandes avances de la devoción eucarística. Entre otros muchos, podemos considerar el testi-

monio impresionante de san Francisco de Asís (1182-1226). Poco antes de morir, en su *Testamento*, pide a todos sus hermanos que participen siempre de la inmensa veneración que él profesa hacia la Eucaristía y los sacerdotes:

«Y lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo cuerpo y su santísima sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a los demás. Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos» (10-11; +*Admoniciones 1: El Cuerpo del Señor*).

Esta devoción eucarística, tan fuerte en el mundo franciscano, también marca una huella muy profunda, que dura hasta nuestros días, en la espiritualidad de las clarisas. En la *Vida* de santa Clara (+1253), escrita muy pronto por el franciscano Tomás de Celano (hacia 1255), se refiere un precioso milagro eucarístico. Asediada la ciudad de Asís por un ejército invasor de sarracenos, son éstos puestos en fuga en el convento de San Damián por la virgen Clara:

«Ésta, impávido el corazón, manda, pese a estar enferma, que la conduzcan a la puerta y la coloquen frente a los enemigos, llevando ante sí la cápsula de plata, encerrada en una caja de marfil, donde se guarda con suma devoción el Cuerpo del Santo de los Santos». De la misma cajita le asegura la voz del Señor: “yo siempre os defenderé”, y los enemigos, llenos de pánico, se dispersan» (*Legenda sanctæ Claræ* 21).

La iconografía tradicional representa a Santa Clara de Asís con una custodia en la mano.

## Santa Juliana de Mont-Cornillon y la fiesta del Corpus Christi

El profundo sentimiento cristocéntrico, tan característico de esta fase de la Edad Media, no puede menos de orientar el corazón de los fieles hacia el Cristo glorioso, oculto y manifiesto en la Eucaristía, donde está realmente presente. Así lo hemos comprobado en el ejemplo de franciscanos y clarisas. Es ahora, efectivamente, hacia el 1200, cuando, por obra del Espíritu Santo, la devoción al Cristo de la Eucaristía va a desarrollarse en el pueblo cristiano con nuevos impulsos decisivos.

A partir del año 1208, el Señor se aparece a santa Juliana (1193-1258), primera abadesa agustina de Mont-Cornillon, junto a Lieja. Esta religiosa es una enamorada de la Eucaristía, que, incluso físicamente, encuentra en el pan del cielo su único alimento. El Señor inspira a santa Juliana la institución de una fiesta litúrgica en honor del Santísimo Sacramento. Por ella los fieles se fortalecen en el amor a Jesucristo, expían los pecados y desprecios que se cometen con frecuencia contra la Eucaristía, y al mismo tiempo contrarrestan con esa fiesta litúrgica las agresiones sacrílegas cometidas contra el Sacramento por cátaros, valdenses, petro-brusianos, seguidores de Amaury de Bène, y tantos otros.

Bajo el influjo de estas visiones, el obispo de Lieja, Roberto de Thourotte, instituye en 1246 *la fiesta del Corpus*. Hugo de Saint-Cher, dominico, cardenal legado para Alemania, extiende la fiesta a todo el territorio de su legación.

Y poco después, en 1264, el papa Urbano IV, antiguo arcediano de Lieja, que tiene en gran estima a la santa abadesa Juliana, extiende esta solemnidad litúrgica a toda la Iglesia latina mediante la bula *Transiturus*. Esta *carta magna* del culto eucarístico es un himno a la presencia de Cristo en el Sacramento y al amor inmenso del Redentor, que se hace nuestro pan espiritual.

Es de notar que en esta Bula romana se indican ya los fines del culto eucarístico que más adelante serán señalados por Trento, por la *Mediator Dei* de Pío XII o por los documentos pontificios más recientes: 1) *reparación*, «para confundir la maldad e insensatez de los herejes»; 2) *alabanza*, «para que clero y pueblo, alegrándose juntos, alcen cantos de alabanza»; 3) *servicio*, «al servicio de Cristo»; 4) *adoración y contemplación*, «adorar, venerar, dar culto, glorificar, amar y abrazar el Sacramento excelentísimo»; 5) *anticipación del cielo*, «para que, pasado el curso de esta vida, se les conceda como premio» (*DSP* IV, 1961, 1644).

La nueva devoción, sin embargo, ya en la misma Lieja, halla al principio no pocas oposiciones. El cabildo catedralicio, por ejemplo, estima que ya basta la Misa diaria para honrar el cuerpo eucarístico de Cristo. De hecho, por un serie de factores adversos, la bula de 1264 permanece durante cincuenta años como letra muerta.

Prevalece, sin embargo, la voluntad del Señor, y la fiesta del Corpus va siendo aceptada en muchos lugares: Venecia, 1295; Wurtzburgo, 1298; Amiens, 1306; la orden del Carmen, 1306; etc. Los *títulos* que recibe en los libros litúrgicos son significativos: *dies* o *festivitas eucharistiæ*, *festivitas Sacramenti*, *festum*, *dies*, *sollemnitas*

*corporis o de corpore domini nostri Iesu Christi, festum Corporis Christi, Corpus Christi, Corpus...*

El concilio de Vienne, finalmente, en 1314, renueva la bula de Urbano IV. Diócesis y órdenes religiosas aceptan la fiesta del Corpus, y ya para 1324 es celebrada en todo el mundo cristiano.

### **Celebración del Corpus y exposiciones del Santísimo**

La celebración del Corpus implica ya en el siglo XIII una procesión solemne, en la que se realiza una «exposición ambulante del Sacramento» (Olivar 195). Y de ella van derivando otras procesiones con el Santísimo, por ejemplo, para bendecir los campos, para realizar determinadas rogativas, etc.

Por otra parte, «esta presencia palpable, visible, de Dios, esta inmediatez de su presencia, objeto singular de adoración, produjo un impacto muy notable en la mentalidad cristiana occidental e introdujo nuevas formas de piedad, exigiendo rituales nuevos y creando la literatura piadosa correspondiente. En el siglo XIV se practicaba ya la *exposición solemne y se bendecía con el Santísimo*. Es el tiempo en que se crearon los *altares y las capillas del santísimo Sacramento*» (Id. 196).

Las exposiciones mayores se van implantando en el siglo XV, y siempre la patria de ellas «es la Europa central. Alemania, Escandinavia y los Países Bajos fueron los centros de difusión de las prácticas eucarísticas, en general» (Id. 197). Al principio, colocado sobre el altar el Sacramento, es adorado en silencio. Poco a poco va desarrollándose un *ritual* de estas adoraciones, con cantos propios, como el *Ave verum Corpus natum ex Maria Virgine*, muy po-

pular, en el que tan bellamente se une la devoción eucarística con la mariana.

La exposición del Santísimo recibe una acogida popular tan entusiasta que ya hacia 1500 muchas iglesias la practican todos los domingos, normalmente después del rezo de las vísperas –tradicción que hoy perdura, por ejemplo, en los monasterios benedictinos de la congregación de Solesmes–. La costumbre, y también la mayoría de los rituales, prescribe *arrodillarse* en la presencia del Santísimo.

En los comienzos, el Santísimo se mantenía velado tanto en las procesiones como en las exposiciones eucarísticas. Pero la costumbre y la disciplina de la Iglesia van disponiendo ya en el siglo XIV la exposición del cuerpo de Cristo «in crystallo» o «in pixide cristalina».

### **Las Cofradías eucarísticas**

Con el fin de que nunca cese el culto de fe, amor y agradecimiento a Cristo, presente en la Eucaristía, nacen las *Cofradías del Santísimo Sacramento*, que «se desarrollan antes, incluso, que la festividad del Corpus Christi. La de los *Penitentes grises*, en Avignon se inicia en 1226, con el fin de reparar los sacrilegios de los albigenses; y sin duda no es la primera» (Bertaud 1632). Con unos u otros nombres y modalidades, las Cofradías Eucarísticas se extienden ya a fin del siglo XIII por la mayor parte de Europa.

Estas Cofradías aseguran la adoración eucarística, la reparación por las ofensas y desprecios contra el Sacramento, el acompañamiento del Santísimo cuando es llevado a los enfermos o en procesión, el cui-

dado de los altares y capillas del Santísimo, etc.

Todas estas hermandades, centradas en la Eucaristía, son agregadas en una archicofradía del Santísimo Sacramento por Paulo III en la Bula *Dominus noster Jesus Christus*, en 1539, y tienen un influjo muy grande y benéfico en la vida espiritual del pueblo cristiano. Algunas, como la *Compañía del Santísimo Sacramento*, fundada en París en 1630, llegaron a formar escuelas completas de vida espiritual para los laicos.

Su fundador fue el Duque de Ventadour, casado con María Luisa de Luxemburgo. En 1629, ella ingresa en el Carmelo y él toma el camino del sacerdocio (E. Levesque, *DSP* II, 1301-1305).

Las Asociaciones y Obras eucarísticas se multiplican en los últimos siglos: la *Guardia de Honor*, la *Hora Santa*, los *Jueves sacerdotales*, la *Cruzada eucarística*, etc.

Atención especial merece hoy, por su difusión casi universal en la Iglesia Católica, la *Adoración Nocturna*. Aunque tiene varios precedentes, como más tarde veremos, en su forma actual procede de la asociación iniciada en París por Hermann Cohen el 6 de diciembre de 1848, hace, pues, ciento cincuenta años.

### **La piedad eucarística en el pueblo católico**

Los últimos ocho siglos de la historia de la Iglesia suponen en los fieles católicos un *crescendo* notable en la devoción a Cristo, presente en la Eucaristía.

En efecto, a partir del siglo XIII, como hemos visto, la devoción al Sacramento se va difundiendo más y más en el

pueblo cristiano, haciéndose una parte integrante de la piedad católica común. Los predicadores, los párrocos en sus comunidades, las Cofradías del Santísimo Sacramento, impulsan con fuerza ese desarrollo devocional.

En el crecimiento de la piedad eucarística tiene también una gran importancia la doctrina del concilio de Trento sobre la veneración debida al Sacramento (*Dz* 882. 878. 888/1649. 1643-1644. 1656). Por ella se renuevan devociones antiguas y se impulsan otras nuevas.

La adoración eucarística de *las Cuarenta horas*, por ejemplo, tiene su origen en Roma, en el siglo XIII. Esta costumbre, marcada desde su inicio por un sentido de expiación por el pecado —cuarenta horas permanece Cristo en el sepulcro—, recibe en Milán durante el siglo XVI un gran impulso a través de San Antonio María Zaccaria (+1539) y de San Carlos Borromeo después (+1584). Clemente VIII, en 1592, fija las normas para su realización. Y Urbano VIII (+1644) extiende esta práctica a toda la Iglesia.

La *procesión eucarística de «la Minerva»*, que solía realizarse en las parroquias los terceros domingos de cada mes, procede de la iglesia romana de *Santa Maria sopra Minerva*.

Las devociones eucarísticas, que hemos visto nacer en centro Europa, arraigan de modo muy especial en España, donde adquieren expresiones de gran riqueza estética y popular, como los *seises* de Sevilla o el *Corpus* famoso de Toledo. Y de España pasan a Hispanoamérica, donde reciben formas extremadamente variadas y originales, tanto en el arte como en el folclore religioso: capillas barrocas del Santísimo, procesiones festivas, exposiciones monu-

mentales, bailes y cantos, poesías y obras de teatro en honor de la Eucaristía.

El culto a la Eucaristía fuera de la Misa llega, en fin, a integrar la piedad común del pueblo cristiano. Muchos fieles practican diariamente *la visita al Santísimo*. En las parroquias, con el rosario, viene a ser común la *Hora santa*, la exposición del Santísimo diaria o semanal, por ejemplo, en los Jueves eucarísticos.

El arraigo devocional de las visitas al Santísimo puede comprobarse por la abundantisíma literatura piadosa que ocasiona. Por ejemplo, entre los primeros escritos de san Alfonso María de Liguorio (+1787) está *Visite al SS. Sacramento e a Maria SS.ma*, de 1745. En vida del santo este librito alcanza 80 ediciones y es traducido a casi todas las lenguas europeas. Posteriormente ha tenido más de 2.000 ediciones y reimpressiones.

En los siglos modernos, hasta hoy, la piedad eucarística cumple una función providencial de la máxima importancia: confirmando diariamente la fe de los católicos en la amorosa presencia real de Jesús resucitado, les sirve de ayuda decisiva para vencer la frialdad del jansenismo, las tentaciones deístas de un iluminismo desencarnado o la actual horizontalidad inmanentista de un secularismo generalizado.

### Congregaciones religiosas

Institutos especialmente centrados en la veneración de la Eucaristía hay muy antiguos, como los *monjes blancos* o *hermanos del Santo Sacramento*, fundados en 1328 por el cisterciense Andrés de Paolo. Pero estas fundaciones se producen sobre todo a partir del si-

glo XVII, y llegan a su mayor número en el siglo XIX.

«No es exagerado decir que el conjunto de las congregaciones fundadas en el siglo XIX —adoratrices, educadoras o misioneras— profesa un culto especial a la Eucaristía: adoración perpetua, largas horas de adoración común o individual, ejercicios de devoción ante el Santísimo Sacramento expuesto, etc.» (Bertaud 1633).

Recordaremos aquí únicamente, a modo de ejemplo, a los *Sacerdotes* y a las *Siervas del Santísimo Sacramento*, fundados por san Pedro-Julían Eymard (+1868) en 1856 y 1858, dedicados al apostolado eucarístico y a la adoración perpetua. Y a las *Adoratrices, siervas del Santísimo Sacramento y de la caridad*, fundadas en 1859 por santa Micaela María del Santísimo Sacramento (+1865), que escribe en una ocasión:

«Estando en la guardia del Santísimo... me hizo ver el Señor las grandes y especiales gracias que desde los Sagrarios derrama sobre la tierra, y además sobre cada individuo, según la disposición de cada uno... y como que las despide de Sí en favor de los que las buscan» (*Autobiografía* 36,9).

Es en estos años, en 1848, como ya vimos, cuando Hermann Cohen inicia en París la *Adoración Nocturna*.

En el siglo XX son también muchos los institutos que nacen con una acentuada devoción eucarística. En España, por ejemplo, podemos recordar los fundados por el venerable Manuel González, obispo (1887-1940): las *Marías de los Sagrarios*, las *Misioneras eucarísticas de Nazaret*, etc. En Francia, los *Hermanitos* y *Hermanitas*



de Jesús, derivados de Charles de Foucauld (1858-1916) y de René Voillaume. También las *Misioneras de la Caridad*, fundadas por la madre Teresa de Calcuta, se caracterizan por la profundidad de su piedad eucarística. En éstos y en otros muchos institutos, la Misa y la adoración del Santísimo forman el centro vivificante de cada día.

### Congresos eucarísticos

Émile Tamisier (1843-1910), siendo novicia, deja las Siervas del Santísimo Sacramento para promover en el siglo la devoción eucarística. Lo intenta primero en forma de peregrinaciones, y más tarde en la de congresos. Éstos serán diocesanos, regionales o internacionales. El primer congreso eucarístico internacional se celebra en Lille en 1881, y desde entonces se han seguido celebrando ininterrumpidamente hasta nuestros días.

### La piedad eucarística en otras confesiones cristianas

Ya hemos aludido a algunas posiciones antieucarísticas producidas entre los siglos IX y XIII. Pues bien, en la primera mitad del siglo XVI resurge la cuestión con *los protestantes* y por eso el concilio de Trento, en 1551, se ve obligado a reafirmar la fe católica frente a ellos, que la niegan:

«Si alguno dijere que, acabada la consagración de la Eucaristía, no se debe adorar con culto de latría, aun externo, a Cristo, unigénito Hijo de Dios, y que por tanto no se le debe venerar con peculiar celebración de fiesta, ni llevándosele solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no debe ser públicamente expuesto para ser

adorado, y que sus adoradores son idólatras, sea anatema» (Dz 888/1656).

El *anglicanismo*, sin embargo, reconoce en sus comienzos la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Y aunque pronto sufre en este tema influjos luteranos y calvinistas, conserva siempre más o menos, especialmente en su tendencia tradicional, un cierto culto de adoración (Bertaud 1635). El acuerdo anglicano-católico sobre la teología eucarística, de septiembre de 1971, es un testimonio de esta proximidad doctrinal («Phase» 12, 1972, 310-315). En todo caso, el mundo protestante actual, en su conjunto, sigue rechazando el culto eucarístico.

En nuestro tiempo, estas posiciones protestantes han afectado a una buena parte de los llamados *católicos progresistas*, haciendo necesaria la encíclica *Mysterium fidei* (1965) de Pablo VI:

En referencia a la Eucaristía, no se puede «insistir tanto en la naturaleza del signo sacramental como si el simbolismo, que ciertamente todos admiten en la sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este sacramento. Ni se puede tampoco discutir sobre el misterio de la transustanciación sin referirse a la admirable conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo y de toda la sustancia del vino en su sangre, conversión de la que habla el concilio de Trento, de modo que se limitan ellos tan sólo a lo que llaman *transignificación* y *transfinalización*. Como tampoco se puede proponer y aceptar la opinión de que en las hostias consagradas, que quedan después de celebrado el santo sacrificio, ya no se halla presente nuestro Señor Jesucristo» (4).

*Las Iglesias de Oriente*, en fin, todas ellas, promueven en sus liturgias un

sentido muy profundo de adoración de Cristo en la misma celebración del Misterio sagrado. Pero fuera de la Misa, el culto eucarístico no ha sido asumido por las Iglesias orientales separadas de Roma, que permanecen fijas en lo que fueron usos universales durante el primer milenio cristiano. Sí en cambio por las Iglesias orientales que viven la comunión católica (+*Mysterium fidei* 41). En ellas, incluso, hay también institutos religiosos especialmente destinados a esta devoción, como las *Hermanas eucarísticas* de Salónica (Bertaud 1634-1635).

## 2

### Doctrina espiritual

---

#### Maestros espirituales de la devoción a la Eucaristía

El más grande teólogo de la devoción a la Eucaristía es *santo Tomás de Aquino* (1224-1274). Según datos históricos exactos, sabemos que *santo Tomás* era en su comunidad dominica «el primero en levantarse por la noche, e iba a postrarse ante el Santísimo Sacramento. Y cuando tocaban a maitines, antes de que formasen fila los religiosos para ir a coro, se volvía sigilosamente a su celda para que nadie lo notase. *El Santísimo Sacramento era su devoción predilecta*. Celebraba todos los días, a primera hora de la ma-

ñana, y luego oía otra misa o dos, a las que servía con frecuencia» (S. Ramírez, *Suma Teológica*, BAC 29, 1957, 57\*).

Él compuso, por encargo del Papa, el maravilloso texto litúrgico del Oficio del Corpus: *Pange lingua, Sacris solemniis, Lauda Sion*, etc (+Sisto Terán, *Santo Tomás, poeta del Santísimo Sacramento*, Univ. Católica, Tucumán 1979). La tradición iconográfica suele representarle con el sol de la Eucaristía en el pecho. Un cuadro de Rubens, en el Prado, «la procesión del Santísimo Sacramento», presenta, entre varios santos, a santa Clara con la custodia, y junto a ella a *santo Tomás*, explicándole el Misterio. Sobre la tumba de éste, en Toulouse, en la iglesia de san Fermín, una estatua le representa teniendo en la mano derecha el Santísimo Sacramento.

Desde el siglo XIII, los grandes maestros espirituales han enseñado siempre la relación profunda que existe entre la Eucaristía —celebrada y adorada— y la configuración progresiva a Jesucristo. Recordaremos sólo a algunos.

Guiard de Laon, el *doctor eucarístico*, relacionado con Juliana de Mont-Cornillon y el movimiento eucarístico de Lieja, publica hacia 1222 *De XII fructibus venerabilis sacramenti*. San Buenaventura (+1274) expresa su franciscana devoción eucarística en *De sanctissimo corpore Christi*, partiendo de los seis grandes símbolos eucarísticos anticipados en el Antiguo Testamento. El franciscano Roger Bacon (+1294), la terciaria franciscana santa Ángela de Foligno (+1309), los dominicos Jean Taulero (+1361) y Enrique Suso (+1365), el canciller de la universidad de París, Jean Gerson (+1429), Dionisio el cartujano, el *doctor extático* (+1471), se distinguen también por la centralidad de la devoción eucarística en su espiritualidad. La *Devotio moderna*, tan importante en la espiritualidad de los siglos XIV y XV, es también netamente eucarística. Podemos

comprobarlo, por ejemplo, en el libro IV de la *Imitación de Cristo*, *De Sacramento Corporis Christi*.

Esta relación de maestros espirituales acentuadamente eucarísticos podría alargarse hasta nuestro tiempo. Pero aquí sólomente haremos mención especial de algunos santos de los últimos siglos.

En el XVI, pocos hacen tanto por difundir entre el pueblo cristiano el amor al Sacramento como *san Ignacio de Loyola* (1491-1556). En seguida de su conversión, estando en Manresa (1522-1523), en la Misa, «alzándose el Corpus Domini, vio con los ojos interiores... vio con el entendimiento claramente cómo estaba en aquel Santísimo Sacramento Jesucristo nuestro Señor» (*Autobiografía*, 29).

Recordemos también las visiones que tiene de la divina Trinidad, con tantas lágrimas, en la celebración de la Misa, y «acabando la Misa», al «hacer oración al Corpus Domini», estando en el «lugar del Santísimo Sacramento» (*Diario espiritual* 34: 6-III-1544).

No es extraño, pues, que san Ignacio fomentara tanto en el pueblo la devoción a la Eucaristía. Así lo hizo, concretamente, con sus paisanos de Azpeitia. En efecto, cuando Paulo III, en 1539, aprueba con Bula la Cofradía del Santísimo Sacramento fundada por el dominico Tomás de Stella en la iglesia dominicana de la Minerva, San Ignacio se apresura a comunicar esta gracia a los de Azpeitia, y en 1540 les escribe: «ofreciéndose una gran obra, que Dios N. S. ha hecho por un fraile dominico, nuestro muy grande amigo y conocido de muchos años, es a saber, en honor y favor del santísimo Sacramento, determiné de consolar y visitar vuestras ánimas *in Spiritu Sancto* con esa Bula que el señor bachiller [Antonio Araoz] lleva» (VIII/IX-1540). Los je-

suitas, fieles a este carisma original, serán después unos de los mayores difusores de la piedad eucarística, por las *Congregaciones Marianas* y por muchos otros medios, como el *Apostolado de la Oración*.

*Santa Teresa de Jesús* (1515-1582), en el mismo siglo, tiene también una vida espiritual muy centrada en el Santísimo Sacramento. Ella, que tenía especial devoción a la fiesta del Corpus (*Vida* 30,11), refiere que en medio de sus tentaciones, cansancios y angustias, «algunas veces, y casi de ordinario, al menos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba; y aun algunas, en llegando a el Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto» (30,14).

Confiesa con frecuencia su asombro enamorado ante la Majestad infinita de Dios, hecha presente en la humildad indecible de una hostia pequeña: «y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia» (38,19). «Harta misericordia nos hace a todos, que quiere entienda [el alma] que es El el que está en el Santísimo Sacramento» (*Camino Esc.* 61,10).

La Eucaristía, para el alma y para el cuerpo, es *el pan y la medicina* de Teresa: «¿pensáis que no es mantenimiento aun para estos cuerpos este santísimo Manjar, y gran medicina aun para los males corporales? Yo sé que lo es» (*Camino Vall.* 34,7; +el pan nuestro de cada día: 33-34).

Ella se conmueve ante la palabra inefable del Cantar de los Cantares, «bésame con beso de tu boca» (1,1): «¡Oh Señor mío y Dios mío, y qué palabra ésta, para que la diga un gusano de su

Criador!». Pero la ve cumplida asombrosamente en la Eucaristía: «¿Qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento?» (*Conceptos del Amor de Dios* 1,10). La comunión eucarística es un abrazo inmenso que nos da el Señor.

Para santa Teresa, fundar un Carmelo es ante todo encender la llama de un nuevo Sagrario. Y esto es lo que más le conforta en sus abrumadores trabajos de fundadora:

«para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento» (*Fundaciones* 3,10). «Nunca dejé fundación por miedo de trabajo, considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento... No lo advertimos estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está, en el Santísimo Sacramento en muchas partes, grande consuelo nos había de ser» (18,5). Hecha la fundación, la inauguración del Sagrario es su máximo premio y gozo: «fue para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento» (36,6).

Por otra parte, Teresa sufre y se angustia a causa de las ofensas inferidas al Sacramento. Nada le duele tanto.

Mucho hemos de rezar y ofrecer para que «no vaya adelante tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los sacramentos» (*Camino Perf.* Vall. 35,3)... «parece que le quieren ya tornar a *echar del mundo*» (*ib.* Esc. 62,63; +58,2).

Pero aún le horrorizan más a Teresa las ofensas a la Eucaristía que proceden de los malos cristianos: «Tengo por cierto habrá muchas personas que se llegan al Santísimo Sacramento –y plega al Señor yo mientras– con pecados mortales graves» (*Conceptos Amor de Dios* 1,11).

En la España de ese tiempo, la devoción eucarística está ya plenamente arraigada en el pueblo cristiano. *San Juan de Ribera* (1532-1611), obispo de Valencia, en una carta a los sacerdotes les escribe:

«Oímos con mucho consuelo lo que muchos de vosotros me han escrito, afirmándome que está muy introducida la costumbre de saludarse unas personas a otras diciendo: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*. Esto mismo deseo que se observe en todo nuestro arzobispado» (28-II-1609).

En Francia, en el siglo XVII, las más altas revelaciones privadas que recibió *santa Margarita María de Alacoque* (1647-1690), religiosa de la Visitación, acerca del Sagrado Corazón se produjeron estando ella en adoración del Santísimo expuesto.

Y como ella misma refiere, esa devoción inmensa a la Eucaristía la tenía ya de joven, antes de entrar religiosa, cuando todavía vivía al servicio de personas que le eran hostiles: «ante el Santísimo Sacramento me encontraba tan absorta que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia, como un cirio ardiente, para devolverle amor por amor. No me podía quedar en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese de mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento» (*Autobiografía* 13).

De hecho, la devoción al Corazón de Jesús, desde sus mismos inicios, ha sido siempre acentuadamente eucarística, y por causas muy profundas, como subraya el Magisterio (+Pío XII, 1946, *Haurietis aquas*, 20, 35; Pablo VI, cta. apost. *Investigabiles divitias* 6-II-1965).

En el siglo siguiente, en el XVIII, podemos recordar la gran devoción eucarística de *san Pablo de la Cruz* (+1775), el fundador de los *Pasionistas*. Él, como declara en su *Diario espiritual*, «de-seaba morir mártir, yendo allí donde se niega el adorabilísimo misterio del Santísimo Sacramento» (26-XII-1720). Captaba en la Eucaristía de tal modo la majestad y santidad de Cristo, que apenas le era posible a veces mantenerse en la iglesia:

«decía yo a los ángeles que asisten al adorabilísimo Misterio que me arrojasen fuera de la iglesia, pues yo soy peor que un demonio. Sin embargo, la confianza en mi Esposo sacramentado no se me quita: le decía que se acuerde de lo que me ha dejado en el santo Evangelio, esto es, que no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Diario* 5-XII-1720).

En cuanto al siglo XIX, recordemos al *santo Cura de Ars* (1786-1859). Juan XXIII, en la encíclica *Sacerdotii Nostri primordia*, de 1959, en el centenario del santo, hace un extenso elogio de esa devoción:

«La oración del Cura de Ars que pasó, digámoslo así, los últimos treinta años de su vida en su iglesia, donde le retenían sus innumerables penitentes, era sobre todo una oración eucarística. Su devoción a nuestro Señor, presente en el Santísimo Sacramento, era verdaderamente extraordinaria: *Alli está*, solía decir» (16).

Otro gran modelo de piedad eucarística en ese mismo siglo es *san Antonio María Claret* (1807-1870), fundador de los *Misioneros del Inmaculado Corazón de María*, los claretianos. En su *Autobiografía* refiere: cuando era niño, «las funciones que más me gustaban eran las del Santísimo Sacramento»

(37). Su iconografía propia le representa a veces con una Hostia en el pecho, como si él fuera una custodia viviente.

Esto es a causa de un prodigio que él mismo refiere en su *Autobiografía*: el 26 de agosto de 1861, «a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales, y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho» (694). Gracia singularísima, de la que él mismo no estaba seguro, hasta que el mismo Cristo se la confirma el 16 de mayo de 1862, de madrugada: «en la Misa, me ha dicho Jesucristo que me había concedido esta gracia de permanecer en mi interior sacramentalmente» (700). El Señor, por otra parte, le hace ver que una de las devociones fundamentales para atajar los males que amenazan a España es la devoción al Santísimo Sacramento (695).

### Frutos de la piedad eucarística

El desarrollo de la piedad eucarística ha producido en la Iglesia inmensos frutos espirituales. Los ha producido *en la vida interior y mística* de todos los santos; por citar algunos: Juan de Ávila, Teresa, Ignacio, Pascual Bailón, María de la Encarnación, Margarita María, Pablo de la Cruz, Eymard, Micaela, Antonio María Claret, Foucauld, Teresa de Calcuta, etc. Ellos, con todo el pueblo cristiano, contemplando a Jesús en la Eucaristía, han experimentado qué verdad es lo que dice la Escritura: «contemplad al Señor y quedaréis radiantes» (Sal 33,6).

Pero la devoción eucarística ha producido también *otros maravillosos frutos*, que se dan en la suscitación de vocaciones sacerdotales y religiosas, en la educación cristiana de los niños, en la piedad de los laicos y de las familias,

en la promoción de obras apostólicas o asistenciales, y en todos los otros campos de la vida cristiana. Es, pues, una espiritualidad de inmensa fecundidad. «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,20).

Hoy, por ejemplo, en Francia, los movimientos laicales con más vitalidad, y aquellos que más vocaciones sacerdotales y religiosas suscitan, como *Emmanuel*, se caracterizan por su profunda piedad eucarística.

En las *Comunidades de las Bienaventuranzas*, concretamente, compuestas en su mayor parte por laicos, se practica la adoración continua todo el día. Iniciadas hacia 1975, reúnen hoy unos 1.200 miembros en unas 70 comunidades, que están distribuidas por todo el mundo. Y recordemos también la *Orden de los laicos consagrados* (Angot, *Las casas de adoración*).

### ¿Deficiencias en la piedad eucarística?

La sagrada Eucaristía es en la Iglesia el misterio más grandioso, es el misterio por excelencia: *mysterium fidei*. Excede absolutamente la capacidad intelectual de los teólogos, que balbucean cuando intentan explicaciones conceptuales. Y también es inefable para los más altos místicos, que se abisman en su luz transformante.

No es, pues, extraño que, al paso de los siglos, las devociones eucarísticas hayan incurrido a veces en acentuaciones o visiones parciales, que no alcanzan a abarcar armoniosamente toda la plenitud del misterio. No se trata en esto de errores doctrinales, pero sí de costumbres piadosas que expresan y que inducen acentuaciones excesiva-

mente parciales del misterio inmenso de la Eucaristía. Escribe acerca de esto Pere Tena:

«El Espíritu de verdad os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16,13)... Desde la primitiva comunidad de Jerusalén, que partía el pan por las casas y tomaba alimento con alegría y simplicidad de corazón (Hch 2,46), hasta la solemne misa conclusiva de un Congreso Eucarístico internacional, pasando por las asambleas dominicales de las parroquias y por las prolongadas adoraciones eucarísticas de las comunidades religiosas especialmente dedicadas a ello, la realidad de la Eucaristía se ha visto constantemente profundizada, y continúa siendo fuente renovada de vigor cristiano.

«Esto no significa que en todo momento haya habido, o haya en la actualidad incluso, una armonía perfecta de los diversos aspectos (...) Un aspecto legítimo de la Eucaristía puede, en determinadas circunstancias espirituales, adquirir tal intensidad y tal valoración unilateral, que llegue casi a relegar a un segundo plano los aspectos más fundamentales y fontales del misterio. Pero estas desviaciones de atención no niegan el valor de acentuación que tal aspecto concreto representa para la comprensión de la Eucaristía, ni pueden ser relegados al olvido tales aspectos en la práctica histórica de la comunidad eclesial, una vez han entrado a formar parte del patrimonio de las expresiones de la fe cristiana» (205-206).

Es una trampa dialéctica, en la que ciertamente no pensamos caer, decir: «cuanto más se centren los fieles en el Sacramento, menos valorarán el Sacrificio»; «cuanto más capten la presencia de Cristo en la Eucaristía, menos lo verán en la Palabra divina o en los pobres»; etc. Un san Luis María Grignon de Montfort, por ejemplo, ya conoció ampliamente este tipo de falsas contraposiciones —«a mayor devoción a Ma-

ría, menos devoción a Jesús»—, y las refutó con gran fuerza.

No. En la teoría y también en la práctica, es decir, de suyo y en la inmensa mayoría de los casos, «a más amor a la Virgen, más amor a Cristo», «donde hay mayor devoción al Sacramento, hay más y mejor participación en el Sacrificio», «a más captación de la presencia de Cristo en la Eucaristía, mayor facilidad para reconocerlo en la Palabra divina o en los pobres».

¿Cómo puede contraponerse en serio, concretamente, devoción a Cristo en la Eucaristía y devoción servicial a los pobres? ¿Qué dirían de tal aberración Micaela del Santísimo Sacramento, Charles de Foucauld o Teresa de Calcuta?... Son trampas dialécticas sin fundamento alguno doctrinal o práctico. Pablo VI, por el contrario, afirma que «el culto de la divina Eucaristía mueve muy fuertemente el ánimo a cultivar el amor *social*», y explica cómo y por qué (*Mysterium fidei* 38).

Siempre se ha entendido así. El artículo 15 de los Estatutos de la *Compañía del Santísimo Sacramento*, fundada en Francia el 1630, dispone que «el objeto de la caridad de los hermanos serán los hospitales, prisiones, enfermos, pobres vergonzantes, todos aquellos que están necesitados de ayuda», etc. (*DSP* II/2, 1302).

El venerable Alberto Capellán (1888-1965), labrador, padre de ocho hijos, miembro de la Adoración Nocturna, en la que pasa 660 noches ante el Santísimo, escribe: «Dios me encomendó la misión de recoger a los pobres por la noche». Hace un refugio, y desde 1928 hasta su muerte acoge a pobres y les atiende personalmente (G. Capellán, *La lucha que hace grande al hombre. El venerable Alberto Capellán Zuazo*, c/ Ob. Fidel 1, 26004 Logroño, 1998).

La madre Teresa de Calcuta refiere en una ocasión: «En el Capítulo General que tuvimos en 1973, las hermanas [Misioneras de la Caridad] pidieron que la Adoración al Santísimo, que teníamos una vez por semana, pasáramos a tenerla *cada día*, a pesar del enorme trabajo que pesaba sobre ellas. Esta intensidad de oración ante el Santísimo ha aportado un gran cambio en nuestra Congregación. Hemos experimentado que nuestro amor por Jesús es más grande, nuestro amor de unas por otras es más comprensivo, nuestro amor por los pobres es más compasivo y nosotras tenemos el doble de vocaciones» («Reino de Cristo» I-1987).

Ahora bien, ¿significa todo eso que la devoción eucarística, al paso de los siglos, *de hecho*, no ha sufrido deficiencias o desviaciones? Por supuesto que las ha sufrido, y muchas, como todas las instituciones de la Iglesia. Pero ¿el monacato, la educación católica, las misiones, la misma celebración de la Misa, el clero diocesano, la familia cristiana, no han sufrido deficiencias y desviaciones muy graves en el curso de los siglos? «El que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra el primero» contra la piedad eucarística (Jn 8,7).

El monacato, por ejemplo, ha conocido en su historia desviaciones o deficiencias muy considerables. En la historia del monacato ha habido ascetismos asilvestrados, vagancias ignorantes, erudiciones sin virtud, semipelagianismos furibundos, condenaciones maniqueas de la vida seglar, romanticismos del claustro y del desierto, etc. Pero no por eso dejamos de considerar la vida monástica como una forma maravillosa de realizar el Evangelio. Nada nos cuesta admitir que en esa forma de vida admirable han florecido santos de entre los más grandes de la Iglesia. Y no se nos ocurre decir de la vida monástica lo que alguno ha dicho de la piedad eucarística: que

«aunque legítima, está fundada en una visión parcial del misterio» cristiano, por lo que «está expuesta a tambalearse por sí sola, si se pone en contraste con formas de vida cristiana más plenas», sobre todo cuando «se funda más en el sentimiento que en la razón». Por el contrario, nosotros decimos simplemente y con toda sinceridad que la vida monástica –aunque no ignoramos sus diversas deficiencias históricas– es una de las maneras más bellas y santificantes de vivir el Evangelio.

### Hubo deficiencias

Pues bien, es evidente que en la historia de la devoción eucarística, según tiempos y lugares, se han dado desviaciones, acentuaciones excesivamente unilaterales, incluso errores y abusos, unas veces en las exposiciones doctrinales, otras en las costumbres prácticas. Y por eso ahora, al tratar aquí de la espiritualidad eucarística, es necesario que señalemos esas deficiencias, al menos las que estimamos más importantes.

En efecto, una acentuación parcial de la Presencia real eucarística ha llevado en ocasiones a devaluar otras modalidades de la presencia de Cristo en la Iglesia: en la Palabra, por ejemplo, o en los pobres o en la misma habitación.

Otras veces la devoción centrada en la Presencia real ha dejado en segundo plano aspectos fundamentales de la Eucaristía, entendida ésta, por ejemplo, como memorial de la pasión y de la resurrección de Cristo, como actualización del sacrificio de la redención, como signo y causa de la unidad de la Iglesia, etc.

Los fieles, entonces, más o menos conscientemente, consideran que la Misa se ce-

lebra ante todo y principalmente para *conseguir* esa presencia real de Jesucristo. Olvidando en buena medida que la Misa es ante todo el *memorial* del *Sacrificio* de la redención, «la Eucaristía se ha transformado en una epifanía, la venida del Señor, que aparece entre los hombres y les distribuye sus gracias. Y los hombres se han reunido en torno al altar para participar de estas gracias» (Jungmann I,157).

En esta perspectiva, no se relaciona adecuadamente la presencia real de Cristo y la celebración del sacrificio eucarístico, de donde tal presencia se deriva.

No siempre se ha entendido tampoco, como se entendía en la antigüedad, que la reserva de la Eucaristía se realiza principalmente para hacer posible fuera de la Misa la comunión de enfermos y ausentes.

Esto ha dado lugar, en ocasiones, a una multiplicación inconveniente de sagrarios en una misma casa, orientando así la reserva casi exclusivamente a la devoción.

En algunos tiempos y lugares la veneración a la Presencia real se ha estimado en forma tan prevalente que las Misas más solemnes se celebran ante el Santísimo expuesto (+Jungmann I,164).

Con relativa frecuencia, por otra parte, la solemnización sensible de la presencia real de Cristo en el Sacramento –cantos, órgano, número de cirios encendidos, uso del incienso– ha sido notablemente superior a la empleada en la celebración misma del Sacrificio.

Y a veces, en lugar de exponer la sagrada Hostia sobre el altar, según la tradición primera, que expresa bien la unidad entre Sacrificio y Sacramento, se



ha expuesto el Santísimo en ostensorios monumentales, muy distantes del altar y mucho más altos que éste.

### Deficiencias del lenguaje piadoso

Otra cuestión, especialmente delicada, es la del lenguaje de la devoción a la Eucaristía. También aquí ha habido deficiencias considerables, sobre todo en la época barroca.

«¡Oh, Jesús Sacramentado, divino prisionero del Sagrario! Acudimos a Vos, que en el trono del sagrario te dignas recibir el rendimiento de nuestra pleitesía», etc.

No debemos ironizar, sin embargo, sobre estas efusiones eucarísticas piadosas, tan frecuentes en los libros de *Visitaciones al Santísimo* y de *Horas santas*. Son perfectamente legítimas, desde el punto de vista teológico. Merecen nuestro respeto y nuestro afecto. Han sido empleadas por muchos santos. Han servido para alimentar en innumerables cristianos un amor verdaderamente profundo a Jesucristo en la Eucaristía. Y más que expresiones *inexactas*, son simplemente *obsoletas*.

Por lo demás, los cristianos de hoy, en lo referente a la devoción eucarística, no estamos en condiciones de mirar por encima del hombro a nuestros antepasados. Al atardecer de nuestra vida, vamos a ser  *juzgados en el amor*, más bien que por la calidad estética y teológica de nuestras fórmulas verbales o de nuestros signos expresivos.

Pero tampoco debemos ignorar que, no pocas veces hoy, la sensibilidad de los cristianos, por grande que sea su amor a la Eucaristía, suele encontrarse muy distante de esas expresiones de piedad. Hoy, quizá, el sentimiento religioso, al menos en ciertas cuestiones,

está bastante más próximo a la Antigüedad patristica y a la Edad Media o al Renacimiento, que al Barroco o al Romanticismo. También en las devociones eucarísticas.

Recordemos, por ejemplo, la ternura tan elegante de la devoción franciscana hacia el Misterio eucarístico. Recordemos el temple bíblico y litúrgico, así como la profundidad teológica y la altura mística de las oraciones eucarísticas de santo Tomás o de santa Catalina de Siena... Por eso, entre los autores del siglo XX, las expresiones devocionales de mayor calidad teológica y estética hacia la Eucaristía las hallamos justamente en aquellos autores, como los benedictinos Dom Marmion o Dom Vonier, que están más vinculados a la inspiración bíblica y litúrgica, y a la tradición teológica y mística de la Edad Media.

### Deficiencias históricas

Pero, volviendo a la cuestión central, todas éstas son *deficiencias históricas*— que en seguida veremos corregidas por la renovación litúrgica moderna—, y en modo alguno nos llevan a pensar que *la piedad eucarística es en sí misma deficiente*. Alguno, sin embargo, arrojándose la representación del movimiento litúrgico, se expresa como si lo fuera:

«El movimiento litúrgico ha reconocido que [la piedad eucarística] se trata de una piedad *legítima, fundada empero en una visión parcial del misterio de la eucaristía*; por esto mismo dicha piedad *está expuesta por sí sola a tambalearse* cuando se la contrasta con cualquier forma de espiritualidad que ofrezca una visión completa del misterio de Cristo, del mismo modo que están expuestas a perder actualidad otras devociones que tengan una *visión parcial* de la historia de la salvación, sobre todo

las que *se fundan más en el sentimiento que en la razón* [sic; querrá decir *que en la fe*]» (subrayados nuestros).

¿Cómo se puede decir que la devoción eucarística, la devoción predilecta de Francisco y Clara, de Tomás e Ignacio, de Margarita María, de Antonio María, de Foucauld o de Teresa de Calcuta, la mil veces aprobada y recomendada por el Magisterio apostólico, la piedad tan hondamente vivida por el pueblo cristiano en los últimos ocho siglos, está fundada en una visión *parcial* del misterio de la fe, se apoya más en *el sentimiento* que en la fe, y en sí misma *se tambalea*? Y por otra parte, ¿qué fin cauteloso se pretende al declarar *legítima* una devoción que se juzga de tan mala calidad?

### Renovación actual de la piedad eucarística

El movimiento litúrgico y el Magisterio apostólico, por obra como siempre del Espíritu Santo, al profundizar más y más en la realidad misteriosa de la Eucaristía, han renovado maravillosamente la doctrina y la disciplina del culto eucarístico.

Por lo que al Magisterio se refiere, los documentos más importantes sobre el tema han sido la encíclica de Pío XII *Mediator Dei* (1947), la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* (1963), la encíclica de Pablo VI *Mysterium fidei* (1965), muy especialmente la instrucción *Eucharisticum mysterium* (1967) y el *Ritual para la sagrada comunión y el culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, publicado en castellano en 1974. Y la exhortación apostólica de Juan Pablo II, *Dominicæ Cenæ* (1980). La devoción y el culto a la Eucaristía, en fin, es recomendada a todos los

fieles en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992: 1378-1381).

### Diversas modalidades de la presencia de Cristo en su Iglesia

El concilio Vaticano II, en su constitución sobre la liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, da una enseñanza de suma importancia para la espiritualidad cristiana:

«Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz” [Trento], sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza [S. Agustín]. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)» (7).

Pablo VI, en su encíclica *Mysterium fidei*, hace una enumeración semejante de los modos de la presencia de Cristo, añadiendo: está presente a su Iglesia «que ejerce las obras de misericordia», a su Iglesia «que predica», «que rige y gobierna al pueblo de Dios» (19-20). Y finalmente dice:

«Pero es muy distinto el modo, verdaderamente sublime, con el que Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la Eucaristía... Tal presencia se llama *real* no por exclusión, como si las otras no fueran *reales*, sino por antonomasia, porque es también cor-

poral y *sustancial*, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro» (21-22; +*Ritual* 6).

Y aún se podría hablar de otros modos *reales* de la presencia. La inhabitación de Cristo en el justo que le ama es real, según Él mismo lo dice: «si alguno me ama... vendremos a él, y en él haremos morada» (Jn 14,23).

En cuanto a la presencia de Cristo en los pobres, fácilmente se aprecia que es de otro orden. Tanto les ama, que nos dice: «lo que les hagáis, a mí me lo hacéis» (+Mt 25,34-46). En un pobre, sin embargo, que no ama a Cristo, no se da, sin duda, esa presencia real de inhabitación.

Pues bien, la configuración de una espiritualidad cristiana concreta se deriva principalmente de su modo de captar las diversas maneras de la presencia de Cristo. Desde luego, toda espiritualidad cristiana ha de *creer* y ha de *vivir* con verdadera devoción *todos los modos* de la presencia de Cristo. Pero es evidente que cada espiritualidad concreta tiene su estilo propio en la captación de esas presencias. Hay espiritualidades más o menos sensibles a la presencia de Cristo en la Escritura, en la Eucaristía, en la inhabitación, en los sacramentos, en los pobres, etc. Ahora bien, si la presencia de Cristo *por antonomasia* está en la Eucaristía, toda espiritualidad cristiana, con uno u otro acento, deberá poner en ella *el centro* de su devoción.

### **El fundamento primero de la adoración**

La Iglesia *cree* y confiesa que «en el augusto sacramento de la Eucaristía,

después de la consagración del pan y del vino, se contiene verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles» (Trento 1551: Dz 874/1636).

La divina Presencia real del Señor, éste es el fundamento primero de la devoción y del culto al Santísimo Sacramento. *Ahí está* Cristo, el Señor, Dios y hombre verdadero, mereciendo absolutamente nuestra adoración y suscitándola por la acción del Espíritu Santo. No está, pues, fundada la piedad eucarística en un puro sentimiento, sino precisamente en la fe. Otras devociones, quizá, suelen llevar en su ejercicio una mayor estimulación de los sentidos –por ejemplo, el servicio de caridad a los pobres–; pero la devoción eucarística, precisamente ella, se fundamenta muy exclusivamente en la fe, en la pura fe sobre el *Mysterium fidei* («*præstet fides supplementum sensuum defectui*»: que la fe conforte la debilidad del sentido; *Pange lingua*).

Por tanto, «este culto de adoración se apoya en una razón seria y sólida, ya que la Eucaristía es a la vez sacrificio y sacramento, y se distingue de los demás en que no sólo comunica la gracia, sino que encierra de un modo estable al mismo Autor de ella.

«Cuando la Iglesia nos manda adorar a Cristo, escondido bajo los velos eucarísticos, y pedirle los dones espirituales y temporales que en todo tiempo necesitamos, manifiesta *la viva fe* con que *cree* que su divino Esposo está bajo dichos velos, le expresa su gratitud y goza de su íntima familiaridad» (*Mediator Dei* 164).

El culto eucarístico, ordenado a los cuatro fines del santo Sacrificio, es culto dirigido al glorioso Hijo encarnado, que

vive y reina con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Es, pues, un culto que presenta a la santísima Trinidad la adoración que se le debe (+*Dominicæ Cenæ* 3).

## Sacrificio y Sacramento

Puede decirse que «para ordenar y promover rectamente la piedad hacia el santísimo sacramento de la Eucaristía [lo más importante] es considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto en *la celebración* de la Misa, como en *el culto* a las sagradas especies» (*Ritual* 4).

Juan Pablo II insiste en este aspecto: «No es lícito ni en el pensamiento, ni en la vida, ni en la acción quitar a este Sacramento, verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial. Es al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia» (*Redemptor hominis* 20).

Ya Pío XII orienta en esta misma dirección su doctrina sobre la devoción eucarística (cf. *Discurso al Congreso internacional de pastoral litúrgica*, de Asís (A.A.S. 48, 1956, 771-725).

Esta doctrina ha sido central, concretamente, en la disciplina renovada del culto a la Eucaristía.

«Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el Sacramento, recuerden que esta presencia proviene del Sacrificio y se ordena al mismo tiempo a la comunión sacramental y espiritual» (*Ritual* 80).

Lógicamente, pues, «se prohíbe la celebración de la Misa durante el tiempo en que está expuesto el santísimo Sacramento en la misma nave de la iglesia» (ib. 83).

Esa íntima unión entre Sacrificio y Sa-

cramento se expresa, por ejemplo, en el hecho de que, al final de la exposición, el ministro «tomando la custodia o el copón, hace en silencio la señal de la Cruz sobre el pueblo» (ib. 99). El *Corpus Christi* de la custodia es el mismo cuerpo ofrecido por nosotros en el sacrificio de la redención: el mismo cuerpo que ahora está resucitado y glorioso.

## Devoción eucarística y comunión

La presencia eucarística de Cristo siempre «se ordena a la comunión sacramental y espiritual» (*Ritual* 80). En efecto, la Eucaristía como sacramento está intrínsecamente orientada hacia la comunión. Las mismas palabras de Cristo lo hacen entender así: «tomad, comed, esto es mi cuerpo, entregado por vosotros». Consiguientemente, la finalidad primera de la reserva es hacer posible, principalmente a los enfermos, la comunión fuera de la Misa. En el sagrario. como en la Misa, Cristo sigue siendo «el Pan vivo bajado del cielo».

En efecto, «*el fin primero y primordial* de la reserva de las sagradas especies fuera de la misa es la administración del Viático; *los fines secundarios* son la distribución de la comunión y la adoración de Nuestro Señor Jesucristo, presente en el Sacramento. Pues la reserva de las especies sagradas para los enfermos ha introducido la laudable costumbre de adorar este manjar del cielo conservado en las iglesias» (*Ritual* 5).

Según eso, en la Eucaristía, Cristo está *dándose*, está *entregándose* como pan vivo que el Padre celestial da a los hombres. Y sólo podemos *recibirlo* en la fe y en el amor. Así es como, ante el sagrario, nos unimos a Él en comunión espiritual. En la adoración eucarística Él se entrega a nosotros y nosotros nos

entregamos a Él. Y en la medida en que nos damos a Él, nos damos también a los hermanos.

«En la sagrada Eucaristía –dice el Vaticano II– se contiene todo el tesoro espiritual de la Iglesia, es decir, el mismo Cristo, nuestra Pascua y Pan vivo, que, mediante su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, invitándolos así y estimulándolos a ofrecer sus trabajos, la creación entera y a sí mismos en unión con él» (*Presbiterorum ordinis* 5).

La adoración eucarística, por tanto, ha de tener siempre forma de comunión espiritual. Y según eso, «acuérdense [los fieles] de prolongar por medio de la oración ante Cristo, el Señor, presente en el Sacramento, la unión con él conseguida en la Comunión, y renovar la alianza que les impulsa a mantener en sus costumbres y en su vida la que han recibido en la celebración eucarística por la fe y el Sacramento» (*Ritual* 81).

### **Adoración eucarística y vida espiritual**

La piedad eucarística ha de marcar y configurar todas las dimensiones de la vida espiritual cristiana. Y esto ha de vivirse tanto en la devoción más interior como en la misma vida exterior.

*En lo interior.* «La piedad que impulsa a los fieles a adorar a la santa Eucaristía los lleva a participar más plenamente en el Misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquel que, por medio de su humanidad, infunde continuamente la vida en los miembros de su Cuerpo. Permaneciendo ante Cristo, el Señor, disfrutan de su trato íntimo, le abren su corazón por sí mismos y por todos los suyos, y rue-

gan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo, sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad. Así fomentan las disposiciones debidas que les permiten celebrar con la devoción conveniente el Memorial del Señor y recibir frecuentemente el pan que nos ha dado el Padre» (*Ritual* 80).

Disfrutan del *trato íntimo del Señor*. Efectivamente, éste es uno de los aspectos más preciosos de la devoción eucarística, uno de los más acentuados por los santos y los maestros espirituales, que a veces citan al respecto aquello del Apocalipsis: «mira que estoy a la puerta y llamo –dice el Señor–; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él, cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

*En lo exterior*, igualmente, toda la vida ordinaria de los adoradores debe estar sellada por el espíritu de la Eucaristía. «Procurarán, pues, que su vida discorra con alegría en la fortaleza de este alimento del cielo, participando en la muerte y resurrección del Señor. Así cada uno procure hacer buenas obras, agradar a Dios, trabajando por impregnar al mundo del espíritu cristiano, y también proponiéndose llegar a ser testigo de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana» (*Ritual* 81; +*Dominicæ Coenæ* 7).

### **Adoración y ofrenda personal**

Adorando a Cristo en la Eucaristía, hagamos de nuestra vida «una ofrenda permanente». Los fines del Sacrificio eucarístico, como es sabido, son principalmente cuatro: adoración de Dios, acción de gracias, expiación e impetración (*Trento*: Dz 940. 950/1743. 1753;

+*Mediator Dei* 90-93). Pues bien, esos mismos fines de la Misa han de ser pretendidos igualmente en el culto eucarístico. Por él, como antes nos ha dicho el *Ritual*, los adoradores han de «ofrecer con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo» (80). Pío XII lo explica bien:

«Aquello del Apóstol, “habéis de tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (Flp 2,5), exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí mismos, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el divino Redentor cuando se ofrecía en sacrificio; es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad divina la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias. Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno sus propios pecados. Exige, en fin, que nos ofrezcamos a la muerte mística en la cruz, juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como san Pablo: “estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo” (Gál 2,19)” (*Mediator Dei* 101).

## Adoración y súplica

En el Evangelio vemos muchas veces que quienes se acercan a Cristo, reconociendo en él al Salvador de los hombres, *se postran* primero en adoración, y con la más humilde actitud, piden gracias para sí mismos o para otros.

La mujer cananea, por ejemplo, «acercándose [a Jesús], se postró ante él, diciendo: ¡Señor, ayúdame!» (Mt 15,25). Y obtuvo la gracia pedida.

Los adoradores cristianos, con absoluta fe y confianza, piden al Salva-

dor, presente en la Eucaristía, por sí mismos, por el mundo, por la Iglesia. En la presencia real del Señor de la gloria, le confían sus peticiones, sabiendo con certeza que «tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el Justo. Él es la víctima propiciatoria por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1Jn 2,1-2).

En efecto, Jesús-Hostia es Jesús-Mediador. «Hay un solo Dios, y también un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a Sí mismo como rescate por todos» (1Tim 2,5-6). Su Sacerdocio es eterno, y por eso «es perfecto su poder de salvar a los que por Él se acercan a Dios, y vive siempre para interceder por ellos» (Heb 7,24-25).

## Adoremos a Cristo, presente en la Eucaristía

Al finalizar su estudio sobre *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, José Antonio Sayés escribe:

«La adoración, la alabanza y la acción de gracias están presentes sin duda en la trama misma de la “acción de gracias” que es la celebración eucarística y que en ella dirigimos al Padre por la mediación del sacrificio de su Hijo.

«Pero la adoración, que es el sentimiento profundo y desinteresado de reconocimiento y acción de gracias de toda criatura respecto de su Creador, quiere expresarse como tal y alabar y honrar a Dios no sólo porque en la celebración eucarística participamos y hacemos nuestro el sacrificio de Cristo como culmen de toda la historia de salvación, sino por el simple hecho de que Dios *está presente* en el sacramento...

«Por otra parte, hemos de pensar que la Encarnación merece por sí sola ser reconocida con la contemplación de la gloria

del Unigénito que procede del Padre (Jn 1,14)... La conciencia viva de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, prolongación sacramental de la Encarnación, ha permitido a la Iglesia seguir siendo fiel al misterio de la Encarnación en todas sus implicaciones y al misterio de la mediación salvífica del cuerpo de Cristo, por el que se asegura el realismo de nuestra participación sacramental en su sacrificio, se consume la unidad de la Iglesia y se participa ya desde ahora en la gloria futura» (312-313).

Adoremos, pues, al mismo Cristo en el misterio de su máximo Sacramento. Adorémosle de todo corazón, en oración solitaria o en reuniones comunitarias, privada o públicamente, en formas simples o con toda solemnidad.

—*Adoremos a Cristo en el Sacrificio y en el Sacramento.* La adoración eucarística fuera de la Misa ha de ser, en efecto, *preparación y prolongación* de la adoración de Cristo en la misma celebración de la Eucaristía. Con razón hace notar Pere Tena:

«La adoración eucarística ha nacido en la celebración, aunque se haya desarrollado fuera de ella. Si se pierde el sentido de adoración en el interior de la celebración, difícilmente se encontrará justificación para pomoverla fuera de ella... Quizá esta consideración pueda ser interesante para revisar las celebraciones en las que los signos de referencia a una realidad trascendente casi se esfuman» (212).

—*Adoremos a Cristo, presente en la Eucaristía: exaltemos al humillado.* Es un deber glorioso e indiscutible, que los fieles cristianos—cumpliendo la profecía del mismo Cristo—realizamos bajo la acción del Espíritu Santo: «él [el Espíritu Santo] me glorificará» (Jn 16,14).

En ocasión muy solemne, en el *Credo del Pueblo de Dios*, declara Pablo VI: «la única e indivisible existencia de Cristo, Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el Sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, *después* de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente gratísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos» (n. 26).

—*Adorando a Cristo en la Eucaristía, bendigamos a la Santísima Trinidad*, como lo hacía el venerable Manuel González:

«Padre eterno, bendita sea la hora en que los labios de vuestro Hijo Unigénito se abrieron en la tierra para dejar salir estas palabras: “sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Padre, Hijo y Espíritu Santo, benditos seáis por cada uno de los segundos que está con nosotros el Corazón de Jesús en cada uno de los Sagrarios de la tierra. Bendito, bendito *Emmanuel*» (*Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*, 37).

—*Adoremos a Cristo en exposiciones breves o prolongadas.* Respecto a las exposiciones más prolongadas, por ejemplo, las de Cuarenta Horas, el *Ritual* litúrgico de la Eucaristía dispone:

«en las iglesias en que se reserva habitualmente la Eucaristía, se recomienda cada año una exposición solemne del santísimo Sacramento, prolongada durante algún tiempo, aunque no sea estrictamente continuado, a fin de que la comunidad local

pueda meditar y orar más intensamente este misterio. Pero esta exposición, con el consentimiento del Ordinario del lugar, se hará sólo si se prevé una asistencia conveniente de fieles» (86).

«Póngase el copón o la custodia sobre la mesa del altar. Pero si la exposición se alarga durante un tiempo prolongado, y se hace con la custodia, se puede utilizar el trono o expositorio, situado en un lugar más elevado; pero evítese que esté demasiado alto y distante» (93).

Ante el Santísimo expuesto, el ministro y el acólito permanecen *arrodillados*, concretamente durante la incensión (97). Y lo mismo, se entiende, el pueblo. Es el mismo arrodillamiento que, siguiendo muy larga tradición, viene prescrito por la *Ordenación general del Misal Romano* «durante la consagración» de la Eucaristía (21). Y recuérdese en esto que «la postura uniforme es un signo de comunidad y unidad de la asamblea, ya que expresa y fomenta al mismo tiempo la unanimidad de todos los participantes» (20).

–*Adoremos a Cristo con cantos y lecturas, con preces y silencio.* «Durante la exposición, las preces, cantos y lecturas deben organizarse de manera que los fieles atentos a la oración se dediquen a Cristo, el Señor».

«Para alimentar la oración íntima, háganse lecturas de la sagrada Escritura con homilía o breves exhortaciones, que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la palabra de Dios. En momentos oportunos, debe guardarse un silencio sagrado» (*Ritual* 95; +89).

–*Adoremos a Cristo, rezando la Liturgia de las Horas.* «Ante el santísimo Sacramento, expuesto durante un tiempo prolongado, puede celebrarse también alguna parte de la Liturgia de las horas, especialmente las Horas prin-

cipales [laudes y vísperas].

«Por su medio, las alabanzas y acciones de gracias que se tributan a Dios en la celebración de la Eucaristía, se amplían a las diferentes horas del día, y las súplicas de la Iglesia se dirigen a Cristo y por él al Padre en nombre de todo el mundo» (*Ritual* 96). Las Horas litúrgicas, en efecto, están dispuestas precisamente para «extender a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el misterio eucarístico, “centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana” (CD 30)» (*Ordenación general de la Liturgia de las Horas* 12).

–*Adoremos a Cristo, haciendo «visitas al Santísimo».* En efecto, como dice Pío XII, «las piadosas y aún cotidianas visitas a los divinos sagrarios», con otros modos de piedad eucarística,

«han contribuido de modo admirable a la fe y a la vida sobrenatural de la Iglesia militante en la tierra, que de esta manera se hace eco, en cierto modo, de la triunfante, que perpetuamente entona el himno de alabanza a Dios y al Cordero “que ha sido sacrificado” (Ap 5,12; +7,10). Por eso la Iglesia no sólo ha aprobado esos piadosos ejercicios, propagados por toda la tierra en el transcurso de los siglos, sino que los ha recomendado con su autoridad. Ellos proceden de la sagrada liturgia, y son tales que, si se practican con el debido decoro, fe y piedad, en gran manera ayudan, sin duda alguna, a vivir la vida litúrgica» (*Mediator Dei* 165-166).

### Sagrarios dignos en iglesias abiertas

Procuremos tener sagrarios dignos en iglesias abiertas, para que pueda llevarse a la práctica esa adoración eucarís-



tica de los fieles. Así pues, «cuiden los pastores de que las iglesias y oratorios públicos en que se guarda la santísima Eucaristía estén abiertas diariamente durante varias horas en el tiempo más oportuno del día, para que los fieles puedan fácilmente orar ante el santísimo Sacramento» (*Ritual* 8; +*Código* 937). «El lugar en que se guarda la santísima Eucaristía sea verdaderamente destacado. Conviene que sea igualmente apto para la adoración y oración privada» (*Ritual* 9).

«Según la costumbre tradicional, arda continuamente junto al sagrario una lámpara de aceite o de cera, como signo de honor al Señor» (*Ritual* 11; puede ser eléctrica, pero no común: *Código* 940).

En cada iglesia u oratorio haya «un solo sagrario» (*Código* 938,1). Y en los conventos o casas de espiritualidad el sagrario esté «sólo en la iglesia o en el oratorio principal anejo a la casa; pero el Ordinario, por causa justa, puede permitir que se reserve también en otro oratorio de la misma casa» (*ib.* 937).

## Devoción eucarística y esperanza escatológica

*Adoremus a Cristo en la Eucaristía, como prenda y anticipo de la vida celeste.* La celebración eucarística es «fuente de la vida de la Iglesia y prenda de la gloria futura» (Vat.II: *UR* 15a). Por eso el culto eucarístico tiene como gracia propia mantener al cristiano en una continua tensión escatológica.

Ante el sagrario o la custodia, en la más preciosa esperanza teológica, el discípulo de Cristo permanece día a día ante Aquél que es la puerta del cielo: «yo soy la puerta; el que por mí entrare,

se salvará» (Jn 10,9).

Ante el sagrario, ante la custodia, el discípulo persevera un día y otro ante Aquél «que es, que era, que vendrá» (Ap 1,4.8). El Cristo que *vino* en la encarnación; que *viene* en la Eucaristía, en la inhabitación, en la gracia; que *vendrá* glorioso al final de los tiempos.

No olvidemos, en efecto, que en la Eucaristía el que vino —«quédate con nosotros» (Lc 24,29)— viene a nosotros en la fe, «mientras esperamos la venida gloriosa de nuestro Salvador Jesucristo». Así lo confesamos diariamente en la Misa. Como hace notar Tena, «la presencia del Señor entre nosotros no puede ser más que en la perspectiva del *futurae gloriae pignus* [prenda de la futura gloria]» (217).

En los últimos siglos, ha prevalecido entre los cristianos la captación de Cristo en la Eucaristía como *Emmanuel*, como el Señor con nosotros; y éste es un aspecto del Misterio que es verdadero y muy laudable. Pero los Padres de la Iglesia primitiva, al tratar de la Eucaristía, insistían mucho más que nosotros en su dimensión escatológica. En ella, más que el Emmanuel, veían el acceso al Cristo glorioso que ha de venir. Y en sus homilias y catequesis señalaban con frecuencia la relación existente entre la Eucaristía y la vida futura, esto es, la resurrección de los muertos: «el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día» (Jn 6,54).

Esta perspectiva escatológica de la Eucaristía no es exclusiva de los Padres primeros, pues se manifiesta tam-

bién muy acentuada en la Edad Media, es decir, en las primeras formulaciones de la adoración eucarística. Bastará, por ejemplo, que recordemos algunas estrofas de los himnos eucarísticos compuestos por santo Tomás:

«O salutaris hostia, quæ cæli pandis ostium» (Hostia de salvación, que abres las puertas del cielo: *Verbum supernum*, Laudes, Oficio del Corpus).

«Tu qui cuncta scis et vales, qui nos pascis hic mortales, tuos ibi comensales, coheredes et sodales fac sanctorum civium» (Tú, que conoces y puedes todo, que nos alimentas aquí, siendo mortales, haznos allí comensales, coherederos y compañeros de tus santos: *Lauda Sion*, secuencia Misa del Corpus).

«Iesu, quem velatum nunc aspicio, oro fiat illud quod tam sitio; ut te revelata cernens facie, visu sim beatus tuæ gloriæ» (Jesús, a quien ahora miro oculto, cumple lo que tanto ansío: que contemplando tu rostro descubierto, sea yo feliz con la visión de tu gloria. *Adoro te devote*, himno atribuido a Santo Tomás, para después de la elevación).

«O amantissime Pater, concede mihi dilectum Filium tuum, quem nunc velatum in via suscipere propono, revelata tandem facie perpetuo contemplari» (Padre amadísimo, concédeme al fin contemplar eternamente el rostro descubierto de tu Hijo predilecto, al que ahora, de camino, voy a recibir velado: *Omnipotens sempiterne Deus*, oración preparatoria a la Eucaristía, atribuida a Santo Tomás).

La secularización de la vida presente, es decir, la disminución o la pérdida de la esperanza en la vida eterna, es hoy sin duda la tentación principal del mundo, y también de los cristianos. Por eso precisamente «la Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico» (*Dominicæ Cenæ* 3), porque

ésa es, sin duda, la devoción que con más fuerza levanta el corazón de los fieles hacia la vida celestial definitiva.

Y «he aquí —escribe Tena— cómo a través de esta dimensión escatológica de la adoración eucarística, reencontramos la motivación fundamental de la misma reserva: para el Viático, para que los enfermos puedan comulgar... Este pan de vida que está encima del altar, así como procede del banquete celestial, continúa ofrecido como alimento de tránsito: es un viático, sobre todo. Cada uno de los adoradores puede pensar, en el instante de adoración silenciosa, en este momento en que recibirá por última vez la Eucaristía: “¡quien come de este pan vivirá para siempre!” (Jn 6,58). La prenda del futuro absoluto está ahí: es la presencia del Señor de la gloria, que *aparece* en la Eucaristía» (217).

## Los sacerdotes y la adoración eucarística

Si todos los fieles han de venerar a Cristo en el Sacramento, «*los pastores en este punto vayan delante con su ejemplo y exhórtelen con sus palabras*» (*Ritual* 80). En efecto, los sacerdotes *deben* suscitar en los fieles la devoción eucarística tanto por el ejemplo como por la predicación. Es un deber pastoral grave.

La piedad eucarística de los fieles depende en buena medida de que sus sacerdotes la vivan y, consiguientemente, la prediquen —«de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12,34)—. Por eso la Congregación para la Educación Católica, en su instrucción de 1980 *Sobre la vida espiritual en los Seminarios*, muestra tanto interés en que los candidatos al sacerdocio sean formados en el convencimiento de que «el continuo desarrollo del culto de

adoración eucarística es una de las más maravillosas experiencias de la Iglesia».

«Un sacerdote que no participe de este fervor, que no haya adquirido el gusto de esta adoración, no sólo será incapaz de transmitirlo y traicionará la Eucaristía misma, sino que cerrará a los fieles el acceso a un tesoro incomparable».

Y por eso la Congregación para el Clero, en el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, de 1994, toca también con insistencia el mismo punto:

«La centralidad de la Eucaristía se debe indicar no sólo por la digna y piadosa celebración del Sacrificio, sino aún más por la adoración habitual del Sacramento. El presbítero debe mostrarse *modelo de la grey* [1Pe 5,3] también en el devoto cuidado del Señor en el sagrario y en la meditación asidua que hace –siempre que sea posible– ante Jesús Sacramentado. Es conveniente que los sacerdotes encargados de la dirección de una comunidad dediquen espacios largos de tiempo para la adoración en comunidad, y tributen atenciones y honores, mayores que a cualquier otro rito, al Santísimo Sacramento del altar, también fuera de la Santa Misa. “La fe y el amor por la Eucaristía hacen imposible que la presencia de Cristo en el sagrario permanezca solitaria” (Juan Pablo II, 9-VI-1993). La liturgia de las horas puede ser un momento privilegiado para la adoración eucarística» (50).

De todo esto, ya hace años, dijo hermosas cosas el gran liturgista dominico A.-M. Roguet (*L'adoration eucharistique dans la piété sacerdotale*, «Vie Spirituelle» 91, 1954, 11-12).

## La devoción eucarística después del Vaticano II

La piedad eucarística es en el siglo XX una parte integrante de la espiritua-

lidad cristiana común. Por eso San Pío X no hace sino afirmar una convicción general cuando dice:

«Todas bellas, todas santas son las devociones de la Iglesia Católica, pero la devoción al Santísimo Sacramento es, entre todas, la más sublime, la más tierna, la más fructuosa» (*A la Adoración Nocturna Española* 6-VII-1908).

¿Y después del Vaticano II? La gran renovación litúrgica impulsada por el Concilio también se ha ocupado de la piedad eucarística.

Concretamente, el *Ritual de la sagrada comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa* es una realización de la Iglesia postconciliar. Antes no había un Ritual, y la devoción eucarística discurría por los simples cauces de la piadosa costumbre. Ahora se ha ordenado por *rito litúrgico* esta devoción.

Por otra parte, en el *Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, de 1977, después de la comunión, se incluye un rito para la «inauguración de la capilla del Santísimo Sacramento». Antes tampoco existía ese rito. Es nuevo.

Son éstos, sin duda, gestos importantes de la renovación litúrgica postconciliar. Y los recientes documentos magistrales sobre la adoración eucarística que hemos recordado, más explícitamente todavía, nos muestran el gran aprecio que la Iglesia actual tiene por esta devoción y este culto. Por eso, si la doctrina y la disciplina de la Iglesia ha querido en nuestro tiempo *podar* el árbol de la piedad eucarística, lo ha hecho ciertamente a fin de que crezca más

fuerte y dé aún mejores y más abundantes frutos.

Y por eso aquéllos que, en vez de podar el árbol de la devoción al Sacramento, lo *cortan* de raíz se están alejando de la tradición católica y, sin saberlo normalmente, se oponen al impulso renovador de la Iglesia actual.

Ya en 1983 observaba Pere Tena: «sabemos y constatamos cómo en muchos lugares se ha silenciado absolutamente el sentido espiritual de la oración personal ante el santísimo sacramento, y cómo esto, juntamente con la supresión de las procesiones eucarísticas y de las exposiciones prolongadas, se considera como un *progreso*» (209). En esta línea, podemos añadir, hay parroquias hoy que no tienen custodia, y en las que el sagrario, si existe, no está asequible a la devoción de los fieles.

La supresión de la piedad eucarística no es un progreso, evidentemente, sino más bien una decadencia en la fe, en la fuerza teológica de la esperanza y en el amor a Jesucristo. Y no parece aventurado estimar que entre la eliminación de la devoción eucarística y la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas existe una relación cierta, aunque no exclusiva.

Juan Pablo II, en su exhortación apostólica *Dominicæ Coenæ*, no sólo manifiesta con fuerza su voluntad de estimular todas las formas tradicionales de la devoción eucarística, «oraciones personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales—las cuarenta horas—, bendiciones y procesiones eucarísticas, congresos eucarísticos», sino que afirma incluso que «*la animación y el fortalecimiento del culto eucarístico*

son una prueba de esa *auténtica renovación* que el Concilio se ha propuesto y de la que *es el punto central*».

Y es que «la Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este *sacramento del amor*. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la *adoración*, en la *contemplación* llena de fe y abierta a *reparar* las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración» (3).

### Secularización o sacralidad

Hoy se hace necesario en el cristianismo elegir entre secularización y sacralidad.

—*El cristianismo secularizado*, de claras raíces nestorianas y pelagianas, deja en la duda la divinidad de Jesús y la virginidad de María, busca la salvación en el hombre mismo, ignorando la necesidad de la fe y de la gracia para la salvación, olvida la vida eterna, y aleja al pueblo cristiano de la Misa y de los sacramentos, especialmente del sacramento de la penitencia.

Este «cristianismo», por supuesto, *suprime la adoración eucarística*, vacía los templos, y consigue así tenerlos cerrados. De este modo evita que los cristianos se pierdan en pietismos alienantes, y fomenta que vayan entre los hombres, que es donde deben estar.

Hoy es bien conocido este falso cristianismo (+Iraburu, *Sacralidad y secularización*, Fundación GRATIS DATE, Pamplona 1996): falsifica la acción misionera, niega la necesidad de la Iglesia, elimina la finalidad sobrenatural de las obras misioneras y educativas, caritativas y asistenciales, y secularizando todo en un horizontalismo inmanentista, acaba, claro está, con las vocaciones sacerdotales y religiosas.

—*El cristianismo sagrado*, por el contrario, el bíblico y tradicional, el propugnado por el Magisterio apostólico, confiesa firmemente a Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre, afirma que su gracia es en absoluto necesaria para el hombre, y que su presencia en la Eucaristía, real y verdadera, debe ser adorada.

Los cristianos, en este verdadero cristianismo, *permanecen* en el mismo Señor Jesucristo, como sarmientos en la Vid santa, y se unen a él por el amor servicial y la oración, por la penitencia sacramental, y muy especialmente por

la celebración y la adoración de la Eucaristía. Ésta es la Iglesia que, centrada en el *Mysterium fidei*, florece en vocaciones, en familias cristianas y en innumerables obras misioneras y educativas, sociales, culturales y asistenciales.

Escuchemos, pues, de nuevo a Juan Pablo II (*Dominicæ Coenæ* 3): «La animación y el fortalecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto, y de la que es el punto central. La Iglesia y el mundo tienen una *gran necesidad* del culto eucarístico».

## Indice

---

### La adoración eucarística

---

BIBLIOGRAFÍA, 3.

#### 1. Historia

Centralidad de la Eucaristía, 1. –Reserva de la Eucaristía, 2. –La adoración eucarística dentro de la Misa, 2. –Primeras manifestaciones del culto a la Eucaristía fuera de la Misa, 2. –Aversión y devoción en el siglo XIII, 3. –Santa Juliana de Mont- Cornillon y la fiesta del Corpus Christi, 5. –Celebración del Corpus y exposiciones del Santísimo, 6. Las Cofradías eucarísticas, 7. –La piedad eucarística en el pueblo católico, 7. –Congregaciones religiosas, 8. –Congresos eucarísticos, 9. –La piedad eucarística en otras confesiones cristianas, 9.

#### 2. Doctrina espiritual

–Maestros espirituales de la devoción a la Eucaristía, 10.–Frutos de la piedad eucarística, 13. –¿Deficiencias en la devoción eucarística?, 14. –Hubo deficiencias, 16. –Deficiencias del lenguaje piadoso, 17. –Deficiencias históricas, 17. –Renovación actual de la piedad eucarística, 18. –Diversas modalidades de la presencia de Cristo en su Iglesia, 18. –El fundamento primero de la adoración, 19. –Sacrificio y Sacramento, 20. –Devoción eucarística y comunión, 20. –Adoración eucarística y vida espiritual, 21. –Adoración y ofrenda personal, 21. –Adoración y súplica, 22. –Adoremos a Cristo, presente en la Eucaristía, 22. –Sagrarios dignos en iglesias abiertas, 24. –Devoción eucarística y esperanza escatológica, 25. –Los sacerdotes y la adoración eucarística, 26. –La devoción eucarística después del Vaticano II, 27. –Secularización o sacralidad, 28.

**Indice, 30.**